

**LUIS ALBERTO SANCHEZ**

Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos



**“PAPEL DE LAS UNIVERSIDADES EN LA INTEGRACION  
ESPIRITUAL Y CULTURAL DE AMERICA LATINA”**

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

**LIMA - PERU**

**21 al 26 de Octubre de 1967**

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA  
LATINA. CENTRO DE INFORMACION Y  
DOCUMENTACION UNIVERSITARIAS.**

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA  
LATINA. CENTRO DE INFORMACION Y  
DOCUMENTACION UNIVERSITARIAS.



**“PAPEL DE LAS UNIVERSIDADES EN LA INTEGRACION  
ESPIRITUAL Y CULTURAL DE AMERICA LATINA”**

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

LIMA - PERU

21 al 26 de Octubre de 1967

LA543  
U43  
1967

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA  
LATAM. CENTRO DE INFORMACION Y  
DOCUMENTACION UNIVERSITARIAS



PAPEL DE LAS UNIVERSIDADES EN LA INTEGRACION  
ESPIRITUAL Y CULTURAL

26 OCT. 1979

LA543 . U43 1967

CLASF. \_\_\_\_\_  
ADQ. 0609  
PROC. La Univ.  
FECHA 26-X-79  
PRECIO Donación

JANUARY 13 1980

## LA UNIVERSIDAD Y LA INTEGRACION LATINOAMERICANA

### 1.— Generalidades sobre la integración

Uno de los temas más socorridos con respecto a la integración americana es el que se refiere al papel que en ella tiene la Universidad. Por lo común se pretende solucionar la cuestión apelando a medios muy simples como: a) la creación de una Universidad Latinoamericana; b) el intercambio de Profesores y Alumnos, y c) la equivalencia de estudios y grados. Estos tres medios son, sin duda alguna, eficientes, pero no bastan. En realidad, cubren la periferie del asunto, pero no llegan al fondo.

En efecto, una Universidad Latinoamericana, concebida como la suma de Universidades Nacionales o como un foco continental de conocimientos, constituyen sólo un detalle dentro de un vasto plan. Lo mismo pasa con las otras dos medidas. Supuesto que la Universidad es la cumbre del sistema educativo, nada se puede hacer si los canales que a ella conducen no llevan el caudal adecuado para la transformación (ya en marcha) dentro de los términos en que se la opera desde la Universidad.

Históricamente la Universidad fué el motor de la paradójica *desintegración integradora* que significó la independencia política de nuestras patrias. Aquel movimiento puede ser caracterizado con las palabras anteriores, porque en realidad, habida cuenta de la notoria distancia entre cada una de las zonas de los cuatro Virreinos hispanoamericanos existentes en 1810 y el único Virreinato o Gobernación Luso-Americano que les correspondió, no era posible proceder como los Estados Unidos del Norte a un rápido e inmediato proceso de integración, que es lo típico de la independencia norteamericana, sino justamente al revés. Entre nosotros

fué necesario, primero, romper el monopolio, acortar las distancias y quebrar la monocracia, a fin de constituir unidades más homogéneas y con mayores posibilidades de actuar a consecuencia de poseer cada una un territorio menos vasto y por tanto más fácil de administrar. Mas, después de establecidas las nuevas nacionalidades hispanoamericanas, mediante el fundamental esfuerzo de Universidades y núcleos intelectuales. antes que el de los Ejércitos, hubo un acuerdo tácito, instintivo, histórico, mediante el cual se produjo un movimiento hacia la *reunión* (re-unión) de las Naciones recién creadas tratando de formar una vasta Confederación.

El surgimiento de los caudillos militares fué causa principal de que se frustrara este esfuerzo. Para ilustrarlo vamos a enumerar algunos nombres: Bello, Belgrano, Bolívar, Caldas, Espejo, Nariño, Mora, José Bonifacio, Rocafuerte, Olmedo, Sánchez Carrión, por no citar más: todos ellos, con la excepción de Bolívar, fueron fruto de la Universidad y, después de separar y fundar patrias, se empeñaron en reunir a las recién libertadas.

En el Primer Congreso Constituyente del Perú, hubo diputados colombianos, ecuatorianos, argentinos, panameños, clasificados así por el lugar en que nacieron. El esfuerzo de reunificación de 1824 se repetirá en 1863, teniendo también como adalides a hombres de la Universidad o a maestros de Escuela, como Juárez, Corpancho, los Gálvez, Vicuña Mackenna, Lastarria, Bilbao, Sarmiento, Alberdi y al autodidacta Montalvo. Es verdad que en esta última etapa y su lógica secuencia, influyen sentimientos muy poderosos como son el temor y el patriotismo local; pero, en todo caso, puede afirmarse que de las Universidades y Colegios surgieron los hombres que abogaron por la unidad (y la re-unión) americana, tanto en el instante mismo en que se produjo la Primera Independencia contra España y Portugal, como durante la guerra de la Segunda Independencia contra Francia, España y momentaneamente Inglaterra.

Lo mismo se repite al iniciarse el Tercer Movimiento Independizador contra el colonialismo económico y mental a beneficio de Estados Unidos, que ya había sido advertido por Alberdi, y que en tal caso tuvo como objetivo inmediato emanciparnos de Inglaterra y los Estados Unidos. Es en el movimiento de la Reforma Universitaria, en

el que los líderes estudiantiles de América (Haya de la Torre, Del Mazo, Cossío Villegas, Mella, Arciniegas, Gómez Rojas, Natalicio González y, más tarde, en 1928, Betancour, Blanco y otros) retoman el estandarte de la Unidad Latinoamericana enfrentándose a la tendencia disgregadora, mantenida entonces *pro domo sua*, por generales, banqueros y latifundistas. El lema "tenemos un solo y grande enemigo, formemos una sola y grande unión", acuñado por un grupo de estudiantes latinoamericanos en México, el 7 de mayo de 1924, materializa el pensamiento de una nueva forma de unidad continental. La tesis de "el pueblo continente", bautizada así por Antenor Orrego (más tarde Rector de la Universidad de La Libertad) compendia la filosofía de la nueva época, anticipada en el campo puramente ideológico por el "*Ariel*" de José Enrique Rodó.

## 2.— Nacionalismo e integración

No es del caso insistir aquí en la labor excluyentemente nacionalista de otros elementos del pueblo latinoamericano sin embargo, es indispensable señalar que, frente a las Universidades (cuya misión de hecho es decisoria por el propio caracter de la cultura que representan), se formó una vasta red de intereses políticos y económicos separatistas, representados por numerosos caudillos civiles y militares lo cual indicaría que una de las tareas de la Universidad para cooperar con el movimiento de integración, podría ser el examen objetivo, sin anacronismos, de la tarea realizada por tales caudillos o, en suma y genéricamente, por el caudillaje, a fin de extraer, mediante proyecciones adecuadas, las lecciones que este fenómeno histórico significa.

Resulta entonces que el movimiento de Reforma Universitaria, que tiene tres tiempos (uno de 1918 a 1921, otro de 1926 a 1930 y el tercero de 1930 a 1948), ha sido un factor fundamental para renovar y reconducir la tendencia integradora de la América Latina.

a) El primer tiempo es aquel en el cual, desde el momento en que la Reforma tiende a relacionar a la Universidad con el pueblo, se acerca, naturalmente y como lógica consecuencia, a la Nación Latino Americana. Los Congresos de Cusco (1920), México (1921) y sobre todo el grito de Córdoba (1918), sintetizan las finalidades continenta-

les o integradoras, que enarbolan desde entonces las juventudes Universitarias de América Latina.

b) En 1923 ese movimiento estudiantil se canaliza dentro de los límites de la revolución social en marcha; tiende a formar alianzas o frentes únicos de estudiantes y obreros; esa es la semilla de los partidos de Frente Único de Clases, contradiciendo la teoría entonces vigente sobre los partidos de clase o de una sola clase. Estos movimientos, partidos o actitudes, traen como consecuencia numerosos exilios de estudiantes quienes, al esparcirse por toda América, especialmente a partir de 1928, alientan, reavivan y robustecen el espíritu continentalista de la juventud.

c) Al ser derrotado el fascismo en 1945, y con él ese nacionalismo extremo y colonizador o imperialista que representaban tanto Musolini como Hitler, surge en forma renovadora el movimiento continentalista en todas las Universidades de América Latina, de lo cual hay claros exponentes escritos en las Leyes y Estatutos universitarios promulgados entre 1944 y 1947. La creación de nuevas Facultades de Humanidades en Guatemala, Costa Rica, Uruguay, y la revitalización de la de Chile, encarnan uno de los síntomas de esta nueva conciencia.

Es interesante señalar ahora algunos otros signos de la integración.

\* \* \*

Desde luego, sería absurdo pensar que la integración de América Latina pueda operarse sólo en el nivel de los gobiernos, o sólo en el de los Parlamentos, o sólo en las Universidades. Los gobiernos, por razones políticas, oscilan o varían sus orientaciones y tendencias; los Parlamentos tienen como origen directamente el voto popular lo cual supone que el pueblo elector debe saturarse previamente de ideas integracionistas; la Universidad es la coronación de todo el proceso educativo; pero la tendencia integradora debe propagarse desde el hogar y, por tanto, desde las Escuelas Primaria y Secundaria, lo que todavía no ocurre. En realidad, la tendencia nacionalista de la Educación Primaria y Secundaria, útil y respetable por cierto, si no se orienta en su sentido de afirmación nacional, pero a la vez de cooperación

continental, puede ser un obstáculo para la tarea integradora que realizan las Universidades y, por cierto, los Estados. Por los dos caminos, el del Parlamento y el de la Universidad, se llega a la conclusión de que ambos representan la cúspide de sendos procesos y de que para fortificar su capacidad integracionista, se debe empezar desde las propias bases; el hogar y la escuela.

### 3.— Un alcance acerca de la Universidad y la política

Situándonos en el estricto campo de la Universidad, la tarea entraña un cambio de orientación, de método y de syllabus.

Es evidente que en casi todas las Universidades se pone mayor atención en los temas europeos y hasta en los africanos y, en cambio, se descuidan los de América Latina. No se examina y ni siquiera se realza suficientemente la Historia de la República, o se la estudia con un criterio terriblemente nacionalista y agresivo.

Tampoco se pone bastante interés en la Literatura Latinoamericana, aunque en este campo se ha avanzado algo, acaso más en los Estados Unidos que entre nosotros.

Casi no existen cursos sobre Sociología, Antropología, Ciencias Naturales, Derecho, Historia Económica y Problemas Económicos de América Latina; inclusive se descuidan las cátedras científicas con especialidad en asuntos de América Latina, por ejemplo, las de enfermedades tropicales y de altura, alimentación, arqueología y las peculiaridades científicas pertinentes.

No estudiamos debidamente la Legislación Comparada Latinoamericana; ni siquiera se analizan el origen y alcances de los Tratados Internacionales entre países del Continente. Además notoriamente no se estimula de modo adecuado el turismo intelectual en la América Latina. Todo lo cual hace indispensable revisar a fondo la organización, métodos y objetivos de nuestras Universidades, en lo que a esta cuestión concierne.

El problema de la integración se relaciona, tanto en la Universidad como fuera de ella, con asuntos de índole política, económica y cultural; no es posible desvincular los unos de los otros; pero en lo que se refiere a la Universidad y sobre todo a la juventud universitaria, tienen más importancia los problemas socio-políticos que los culturales.

El problema socio-político se relaciona de manera directa con el actual equilibrio de poderes en el mundo. No es un misterio que, por lo menos, hay dos potencias que se reparten o pretenden repartirse zonas de influencia y que ambas tienen en la actualidad una organización análoga aunque aparentemente arranquen de principios no sólo diferentes sino hasta opuestos: Estados Unidos y la Unión Soviética. Tampoco es un misterio que hay una tercera Nación, empeñada en romper ese equilibrio a su favor y trata de inclusive definir una nueva doctrina *pro domo sua*: la China comunista. La órbita de penetración de cada uno de estos Estados y el rechazo consiguientes, constituyen los ejes en torno de los cuales gira toda la política del mundo y, por tanto, la conducta de la juventud.

Parecería ser un hecho que dentro de la órbita de influencia de la Unión Soviética, buena parte de la juventud, especialmente los estudiantes, aunque se encuentren regidos por un sistema exigente y totalitario, demuestran en alguna forma y con cierta frecuencia, su conformidad, y solo a veces su protesta contra la metrópoli que los domina. La sublevación de Hungría, los motines anti-negros en Moscú el año 1964, la actitud crítica de los polacos, el extremismo de Albania, patente en la conducta de sus delegados cuando la visita de Paulo VI a las Naciones Unidas, el cambio de sistema educativo y ciertas alteraciones en el orden económico, todo ello indica una tensión que, indudablemente, encuentra consonancia, eco o impulso en las juventudes de la Unión Soviética y de sus satélites.

De otro lado, dentro de la órbita de los Estados Unidos, es decir, en el propio continente americano y sobre todo en América Latina, surgen las más violentas manifestaciones contra los Estados Unidos. Los casos de Cuba y Santo Domingo son expresivos. No es raro que así como en las esferas de su gobierno, Cuba dé el tono a la pasión anti-yanqui, en el pueblo y en buena parte de la juventud cubana, el anti-sovietismo y el anti-chinismo atemperen en algo al anti-yanquismo oficial, que por lo demás resulta la actitud más fácil a adoptarse frente a cualquier dificultad o crisis en el mundo occidental.

De aquí resulta una conducta juvenil Latinoamericana de contrapeso a sus elementos oficiales, sean de un lado o de otro, lo cual si bien refleja un hecho, o al menos un

síntoma, no por eso debe ser considerado como algo inmovible. Dentro de dichas dos posturas de contradicción interna, la integración deviene una idea cuyos perfiles deben fijarse atendiendo no sólo a su contenido esencial y a las posibilidades que conllevan, sino también a sus proyecciones y efectos exteriores.

Es en la Universidad en donde el fenómeno puede ser encarado y analizado a fondo.

\* \* \*

La integración es un fenómeno moderno, fruto de la diversificación de actividades, de la creciente especialización impuesta por el progreso, y de la urgencia de concertar creativamente propósitos, funciones y servicios con fines adecuados al desarrollo integral del individuo y de la sociedad.

La integración es un medio, acaso un poco lento, pero sin duda el más eficaz, para contrapesar la hegemonía de los grandes poderes mundiales. Por eso, son estos Grandes Poderes quienes más encarnizadamente atacan a la integración Latinoamericana, y se esfuerzan por debilitarla, ya que, en la medida en que los pueblos latinoamericanos continúen separados dentro de su histórica desintegración y localismo, será más fácil ejercer sobre ellos, separadamente, la presión que se requiere para sojuzgarlos, ya sea económicamente, ya políticamente, o ya de todos o varios de esos modos.

Hay entre otros, dos hechos sintomáticos: en 1927, y en la Conferencia Antiimperialista de Bruselas, la posición de los Delegados de filiación totalitaria se manifestó en contra de la Unidad de América Latina propugnada por otro sector. El otro hecho es más reciente: los movimientos más agresivos contra el "imperialismo yanqui", subrayan los nacionalismos, pero no la integración latinoamericana, como medio de oponerse a aquél. Inclusive la tendencia a plantear la existencia de un Tercer Mundo parecería orientarse a salvar el tramo de la integración continental, oscilando pendularmente del nacionalismo al ecumenismo, sin detenerse en el continentalismo a que se contrae la integración de que hablamos.

Debemos convencernos, a nuestro juicio, de algo que expresamos en la reunión inicial del Parlamento Latino-

americano, realizado en Lima a principios de diciembre de 1964; *la integración es la forma actual de la Independencia Latinoamericana*. Los movimientos de rechazo al imperialismo, sin proponer nada más que eso, han tenido y tienen vigencia (casos de Panamá y Santo Domingo), pero no es ni será suficiente. No bastan muros de contención. Se requieren diques, represas, canales de opinión a fin de llevar a las usinas en donde se elabora la auténtica independencia de los pueblos, todos los sentimientos, las verdades y la capacidad de acción de éstos. La integración es una manera de aplicar, con métodos modernos y realistas, la fraternidad continental de 1819, la solidaridad defensiva de 1863 y la resistencia antiimperialista de 1898-1932. En esta última fecha se inició la política del New-Deal, que pudo imprimir un viraje definitivo, desgraciadamente olvidado demasiado pronto.

¿Querría decir que hoy *ser integracionista es ser revolucionario*? Creo que sí. Otra posición significaría adherirse sin más ni más, a uno de los dos o tres hegemónicos poderes mundiales. Representaría un acatamiento colonialista, una sumisión voluntaria a un Imperator. Dicho en términos callejeros: sería como saltar de la sartén para caer en las brasas.

\* \* \*

De lo anterior se deduce la urgencia de constituir agrupaciones integracionistas y de revisar a fondo los problemas comunes de América Latina. ¿Cuál es el papel de la Universidad en esta tarea?

#### 4.— La Universidad, la Escuela y la Integración

La generación de 1900 pensó románticamente que, según decía Rubén Darío, bastaba “creer en Jesucristo y hablar en español”, para tener unidad.

Es curioso: los latinoamericanos, con excepción de Brasil y Haití, hablamos un solo idioma; todos, en una proporción abrumadora, somos católicos; sin embargo, estamos más desunidos que nunca. Los pueblos europeos hablan no menos de cincuenta idiomas y dialectos; se congregan en grandes núcleos religiosos de católicos, luteranos,

anglicanos, presbiterianos, mosaístas, israelíes, ortodoxos, coptos, maronitas, musulmanes y agnósticos; se han destruido, años tras año, los unos a los otros casi metódicamente; sin embargo, cada día es más sólida la unión europea, a pesar de ciertos mesianismos contemporáneos. En cambio, la América Latina que se encuentra libre de tales desventajas, no logra unirse.

Nuestra tarea debe ser examinarnos profundamente en contraste con los logros europeos, no para imitar sino para descubrir el método mediante el cual se puedan superar las divisiones creadas por la naturaleza y anular las inventadas por la historia, recreando otra naturaleza con ayuda técnica, rehaciendo otra historia con ayuda de la cultura. Es el deber inmediato de la Universidad y de la juventud que en ella se prepara para el futuro.

\* \* \*

Como se trata de simplificar y extractar, diremos que el deber de contribuir a una obra tan impostergable como la integración latinoamericana, no sólo compete a la Universidad, sino conjuntamente también a la Escuela. Dejo de lado, adrede, aquellas contribuciones de tipo económico y político que la reducen a actos externos, a concertaciones generales, a pactos jurídicos, a tratos políticos, a acuerdos estratégicos. Soy de los que piensan que todo esto, siendo importante y a menudo decisivo, no posee empero la capacidad decisoria de aquello que *proviene directamente del hombre en soledad o en sociedad*, de aquello que emana de éste. Pero toda la filosofía del Desarrollo, si filosofía es, carece de base y de cobertura si se apoya solamente en actos externos, contables, aunque pertenezcan a la órbita de la arrogante Econometría, que hoy disputa la hegemonía en el servicio de la humanidad. Con el hombre (solo o en sociedad) no tienen relación efectiva otras técnicas que las formativas, es decir, la educación. De ahí que para cargar de ideales y métodos el arsenal del hombre no haya otra posibilidad que la Educación. Esta, a su turno, trata de construir o reconstituir, primero, seres humanos, (Primaria), luego, ciudadanos (Secundaria), en seguida servidores (Técnica), más adelante líderes científicos, humanísticos y políticos, es decir, gobernantes (Universidad), y por

último, creadores de nuevas verdades (Post-Doctorado). Si esta escala es válida (aunque en el caso de los países no desarrollados se confundan las etapas, y por ejemplo, a causa de las deficiencias de la secundaria, la Universidad deba encargarse de formar ciudadanos al mismo tiempo que líderes), no tenemos otro remedio que confiar en ella tanto en lo respectivo al mejoramiento del hombre, considerado herramienta del desarrollo, como del conglomerado social, pieza de la integración. Si admitimos esto, deberemos analizar el problema (o caso) desde por lo menos los siguientes puntos de vista: a) cómo juzga la integración el universitario; b) cómo puede contribuir la Universidad a la integración; c) cómo debe contribuir a ella el universitario; d) qué debe esperar el universitario de la integración; e) qué espera la sociedad de un universitario formado dentro en un clima y sistema integracionista.

Partimos, pues, del concepto angular de que el hombre es la pieza fundamental de todo el desarrollo social; de que la educación es el emporio, el taller y la clínica donde se constituye y reconstituye el hombre, y de que el hombre-social o colectivizado es la base de la integración latinoamericana, europea, africana, o lo que sea. Aceptado lo dicho, aunque sea provisionalmente, conviene abordar los subtemas enumerados.

#### A) *Cómo juzga la integración el Universitario.*

Partimos de la base de un universitario ideal o promedial. Sabemos que hay universitarios y universitarias. Por consiguiente, frente a esta y a cualquier otra gran confusión, surgen siempre criterios divergentes. Unos censurarán la integración latinoamericana propiciando, en cambio, la integración con el Mundo Socialista, por encima de las limitaciones geográficas. Otros abogarán por una integración interamericana, o de las Tres Américas, sin organizar primero la latinoamericana, con el objeto de fundirnos con los Estados Unidos. Otros sostendrán un tipo de integración verbal, basada en declaraciones, banderas, canciones, intercambios de periferie, "arielismo" puro. Otros afirmarán que la integración es solamente una operación de tipo económico y comercial, y podría reducirse al Mercado Común, la Unión Aduanera y la uniformidad del sis-

tema monetario. Habrá quienes, dentro de un campo más restricto, aleguen que la integración puede limitarse al intercambio de profesores y alumnos, a la homologación de planes de enseñanza y a la equivalencia de títulos y grados.

Cada una de estas interpretaciones tiene su razón de ser, pero no basta. Ninguna de ellas abarca todo el campo de la integración. La Universidad como atalaya de un país, de sus conocimientos y apetencias, debe formular un criterio completo al respecto.

La integración es un fenómeno plural. Puede empezar por el Mercado Común, pero no culmina mientras no exista una sólida convicción y una ineludible necesidad de integrarse. Subrayemos: convicción o conciencia, y necesidad.

Parecería que en estos tiempos existiera la tendencia, quizá foránea, de uniformar la enseñanza universitaria, injertando en toda ella un ciclo básico llamado Estudios Generales. Este ciclo, a la luz de algunos planteamientos nacionales, suele ser sospechosamente uniforme. La uniformidad no representa en si virtud ni defecto. Lo que implica defecto puede ser que la organización de ese ciclo, suponiéndolo indispensable, se realice bajo presiones ajenas y sin atender plenamente a las realidades inmediatas; lo que revela aquella, la virtud, es el poder deslindar con certeza qué beneficios generales y particulares representa ella para una, algunas o todas las naciones del continente. Si admitimos que toda la Secundaria de América Latina es uniformemente deficiente, el ciclo de Estudios Generales resultaría uniformemente indispensable y uniformemente regularizable. Pero, si, como en realidad ocurre, la Secundaria es diferente en grado, extensión, personal y propósitos, entonces aquel ciclo de Estudios Generales o de Cultura General, deberá ser equivalente al grado, extensión, personal y propósitos reales o existentes. Otra cosa sería proceder no con miras a una integración fecunda, sino con miras a una sumisión y absorción de tipo colonial. Por tanto, pretendería el autor de este trabajo que el ciclo básico, llamado de Estudios Generales o de Cultura General, o Colegio universitario, debería estar sometido a por lo menos los siguientes criterios: a) establecerlo según el nivel de la Secundaria y por una extensión correspondiente a ésta y a los propósitos de la Universidad en si; b) dar en él mayor importancia a



ciertas asignaturas hoy demasiado descuidadas como serían: Historia de América Latina; evolución de la Literatura y las Artes en América Latina; rasgos comunes antropológicos y socioeconómicos de América Latina; rudimentos de Geología, Climatología, Geografía Física, política y económica latinoamericana; introducción a un curso de Constituciones y leyes Fundamentales de América Latina, e idioma castellano. Si el ciclo básico fuese de un año, no podría tener menos de doce ni más de dieciséis asignaturas de tres horas, las cuales ofrecerían los créditos correspondientes a las horas y los cursos; si fuese de dos años (y de ninguna manera más), cada año podría contar con no menos de diez, y los dos en total no más de veinte asignaturas de tres horas cada una, o un número menor de asignaturas pero considerándolas con sus respectivos períodos de laboratorio y práctica. En suma, el propósito sería ir creando algo que en la Secundaria no existe: conciencia y conocimientos comunes a América Latina y a toda América en general. La Secundaria posee hasta ahora un carácter *separatista*, por cuanto si bien trata de reforzar el sentido *nacional*, al hacerlo suele relieves con exceso los aspectos conflictivos y jingoistas; o, su contra partida, fomenta el apatridismo, para poner el acento en el separatismo económico-social, y fomentar desde la adolescencia un sentido belicoso y clasista, pugnaz e inconformista en los alumnos. Sin mengua de ciertos perfiles agresivos y contumazmente divisionistas desde el punto de vista de la estructura de las clases sociales, es deber de la escuela y de la Universidad, esclarecerlos con afán constructivo, o sea, dentro de los límites de la realidad, acentuando los rasgos comunes, las líneas de coincidencia. Para su propia supervivencia, para impedir ser absorbida por modelos universitarios foráneos, dotados de medios de persuasión y conocimientos superiores a los nuestros, en resguardo de su propio tesoro, las universidades latinoamericanas deben tender a proporcionar una educación integracionista dentro de ciertos cauces y hasta ciertos límites, aquellos que no enerven ni la definición personal o nacional, ni levanten un valladar insalvable que nos impida fundirnos con ciertos aspectos o tendencias ecuménicas, propias ya de la humanidad actual, superiores a la de cualquiera de sus grupos.

## B) *Cómo puede contribuir la Universidad a la Integración.*

Hemos tratado de esbozar la parte inicial de este subtema en el capítulo del ciclo básico. Desde luego no basta. La Universidad tiene un campo múltiple, sobre todo tocante a esta cuestión. Si en ella se forman los líderes nacionales y, por tanto, los líderes continentales; si los gobernantes emergen también de ella; si la nueva clase, la de los científicos, técnicos y graduados es su fruto natural; si para acrecentar el caudal de conocimiento y cultura de nuestra gente se requiere activo intercambio; si este intercambio conlleva la idea y el propósito de homologar hasta cierto punto las bases o líneas generales de ese conocimiento y esa cultura, resulta evidente que la Universidad tiene la posibilidad y el deber de contribuir en forma insuperable a la integración o al separatismo; se halla en posición de alentar aquél o acentuar éste; dicho de otro modo, tiene en sus manos la capacidad de separar o reunir.

Sabemos que la Universidad alemana del siglo XIX insufló en sus alumnos, desde los días de Hegel y de Fichte, un agudo sentimiento nacionalista que acabó creando el espíritu agresivo prusiano, el que desembocó en las guerras de 1866 y 1870, merced a las cuales alcanzó Prusia su hegemonía dentro del país y, luego, impuso la unidad alemana, así como el recrudescimiento del espíritu bélico en tiempos de Guillermo II de Hohenzollern, lo que se demostró en el incidente de Agadir (1909), en la recalcitrante jactancia jingoista del Emperador durante el conflicto de los Balkanes (1912) y finalmente en el estallido de la Guerra Mundial Número Uno en agosto de 1914. La presión nacionalista y, desde luego, separatista de la universidad alemana trajo como consecuencia el rechazo del pacifismo de Bebel, Liebknecht y Rosa Luxemburgo al romperse las hostilidades del 14, y el allanamiento a la presión oficial, mientras que en Francia se ofrecía en holocausto Jean Jaures, víctima del chovinismo de aquel trágico verano de 1914, como lo ha llamado en su famosa novela Roger Martin Du Gard. Por otro lado, como respuesta al nacionalismo separatista y belicoso de las universidades alemanas, reaccionó el espíritu ecuménico de los judíos alemanes. El Manifiesto de los 90, al estallar la Primera Guerra Mundial (firmado por Einstein, y también por alemanes no judíos como Nicolai), indica hasta qué punto en

la resolución de la guerra tuvo decisiva importancia la Universidad: dentro de su nivel y su ámbito se plantearon las grandes cuestiones teóricas acerca de la guerra y la paz. En cambio la Universidad de París se vio comprometida a causa del internacionalismo de muchos de sus miembros, sugestionados por "el internacionalismo" de Hervé, Blum y Juarés.

La presión separatista de las universidades alemanas del siglo XIX y comienzos del XX, alejó la posibilidad de una integración europea como la que hoy se está produciendo. De otro lado, a principios del siglo XIX, fueron las Universidades latinoamericanas las que fomentaron, propiciaron, alentaron, proyectaron y realizaron el sentimiento de solidaridad continental, del que emergió el movimiento revolucionario de la independencia, que no habría prosperado si no lo acogen las Universidades. He mencionado los nombres de algunos universitarios de ese tiempo. Lo más importante es que conulgaban no sólo individualmente en el mismo credo, sino que practicaban entre ellos una política de efectivo intercambio, que recuerda la que observaban los maestros renacentistas en los siglos XII a XVI, cuando Abelardo, Erasmo, Raimundo Lulio, Duns Scotto, Moro, caminaban de un Estado al otro, o de una Ciudad-estado a la otra, o de un Reino al otro, y en todos recibían homenajes, facilidades, rango y salario. Todavía en el siglo XVIII quedaban algunos rezagos de aquel ecumenismo del Renacimiento: el caso de Voltaire destacándose en las Cortes de Catalina de Rusia, Federico de Prusia y, desde luego, Luis de Francia, refleja un clima de auténtica universalidad, de integración en las cimas, característico de la Universidad pre-especializada, estadual y nacionalista de los siglos XIX y parte del XX. José de Peralta Barnuevo, Víctor Pazos Kanki, Belgrano, Olmedo, Juan Egaña, Simón Rodríguez, Andrés Bello, Camilo Henríquez, recibían homenajes y obtenían trabajo docente en diversas circunscripciones y que poco después se convertían en repúblicas independientes.

La equivalencia de grados y títulos universitarios era evidente entonces. Desde luego se facilitaba con el hecho de que a menudo una misma Orden religiosa regentaba Universidades en diversos virreinos o audiencias; por ejemplo, los casos de las Ordenes de Jesuitas y Dominicos. Los jesuitas tenían bajo su jurisdicción, universidades como las de Cusco, Guatemala, Córdoba, Santiago, y Cole-

gios como los de San Felipe y San Pablo de Lima. Los dominicos ejercían su dominio sobre San Marcos de Lima, Santo Domingo, etc. La unidad se hacía más posible por identidad de interés o desinterés en los propietarios o administradores de las Universidades, y por la existencia de un intercambio real, sin necesidad de pactos ni convenios interestaduales, a causa de que, tocante a nuestra América, esos Estados no existían y de que, en los tres, la persecución de un mismo propósito científico o humanístico o teológico, tenía más vigor y eficacia que las sutilezas de fuero y rango.

### C) *Cómo debe contribuir el universitario a la Integración.*

De los dos párrafos anteriores se desprenden en gran parte los argumentos pertinentes a ese párrafo.

La Universidad debe fomentar un ciclo o varios ciclos de asignaturas, disciplinas y seminarios destinados a discutir los problemas comunes a todos los campos ya sea a nivel post-secundario, universitario, técnico o de postdoctorado.

No basta acordar el intercambio de grados, títulos, certificados y diplomas. Representa un paso adelante, pero sólo como una medida parcial. El intercambio debe ser la coronación práctica y oficial de un proceso de convencimiento, extensión, profundizamiento y especialización recíprocos. Sin este requisito (la reciprocidad) fracasaría el intento. Nadie aflojará las riendas de su jingoismo en tanto no perciba y sienta que las del vecino se han aflojado también. Eso no depende de leyes. Hay que poner a contribución la buena fé. Sin ésta no vale ni la pena ni siquiera discutir el asunto.

Veamos, de paso, un caso típico en el campo histórico; Mientras los cursos de historia de México mencionen con hostilidad lo referente a sus relaciones con Centroamérica (desde luego va implícito lo de Estados Unidos); mientras los textos peruanos pinten con nigérrimos colores a sus adversarios de 1829, 1865, 1879, 1941; mientras los de Chile, Ecuador, hagan lo propio con el Perú, los pactos y convenios de intercambio y de integración caerán por su base. Desde luego, debemos considerar los argumentos contrarios provenientes de las fuentes nacionalistas, y en este terreno distingamos entre el nacionalismo instintivo y sano de los patriotas de verdad, y el intencionado y táctico de

los totalitarios y pseudo-nacionalistas que utilizan el nacionalismo ingenuo como un medio de impedir la integración. La Universidad, desde su alto sitial, está capacitada para distinguir entre aquello que es preciso conservar y hasta relieves en el terreno de la enseñanza nacionalista, que perfecciona y afirma la personalidad, y aquello que se debe o puede eliminar por excesivo, perjudicial, perturbador e inútil.

En el campo de la cultura es más sencillo el procedimiento, aunque todavía subsista el vano orgullo parroquial de imaginar que no hay mejor poeta, mejor novelista, mejor orador, mejor general, mejor Universidad, mejor estadista que los del barrio, saltando por encima de una indispensable tabla de valores.

Por último, aún tocante a hechos tan poco controvertibles como el Mercado Común, la ALALC, las tarifas preferenciales, el Zollverein, la nacionalidad continental, el tránsito libre, la libre circulación de bibliografía y documentación entre los países latinoamericanos, se mantienen barreras físicas, legales y psicológicas contra lo que la Universidad nada hace, preocupada por problemas tan serios, pero tan de segunda mano si se les compara con la misión de construir un mundo: tales son el número de años de estudio de una profesión, los derechos salariales de los profesores, las compensaciones a los empleados, las pretensiones mesiánicas de los alumnos, las resonancias políticas dentro del claustro, etc. Todo esto aparece en su justa dimensión, como consecuencia de la integración. Con ella se eliminarán también los problemas provenientes de los traslados de alumnos, la validez recíproca de matrículas y de títulos, dentro de reglas apropiadas, convenientes a las necesidades y posibilidades factuales de cada Estado, defendidas a mérito de esas consideraciones de hecho y sólo por eso.

D) *¿Qué debe esperar el universitario de la Integración?*

Hemos respuntado en el párrafo anterior C) parte de la respuesta adecuada a esta cuestión.

Un universitario de Europa, antes del Renacimiento con el Renacimiento y ahora que se ha creado la "Universidad Europea", tenía y tiene la posibilidad de viajar de una nación o otra trasladando su matrícula, sin perder los derechos adquiridos en su universidad de origen. En sus principios la Universidad fue eso: "una integración en sí. Su

nombre, *Universitas*, no nace de la universalidad de conocimientos tanto como de la universalidad de orígenes nacionales, divididos como estaban los estudiantes de cada Universidad por *nacione*, así como ahora suelen estarlo por *sororities* y *fraternities*, o por *asociaciones* de tipo políticos, todo lo cual requiere una organización superior que coordine a los diversos capítulos.

El profesor podría dictar su curso e intercambiar su docencia sin requisitos innecesarios.

Cuando Andrés Bello fue llamado de Londres a Chile, el año de 1829, él no solamente no era chileno, sino que era nacional de Venezuela y culturalmente ciudadano británico. Chile lo llamó, utilizó y exaltó. Pudo ir a la Argentina, sino hubiera imperado en ella Rozas, y si la guerra de la Confederación no hubiese alejado a ambos países, Chile y Perú: las desventajas para Perú y Argentina aparecen con meridiana claridad en este caso individual.

Además; un profesor de Biología Andina, pongamos por caso, halla sin tropiezos el campo necesario para ampliar, desarrollar y aplicar sus conocimientos y experiencias en los Andes de Bolivia, Ecuador, Chile y Argentina, México y América Central, de suerte que sus investigaciones crecen y se perfeccionan sin necesidad de perder el tiempo en gestiones fatigosas. Ganan el profesor y la ciencia. No olvidemos que, si hay algo de hecho integrador e integrado en el mundo, es la cultura. Personalmente no creo mucho en la "Literatura Peruana", Argentina o Chilena, porque un hombre es ante todo un hombre y reacciona como tal desde hace por lo menos diez mil años, de suerte que la expresión de sus sentimientos, apetitos, ensueños y proyecciones no difiere decisivamente porque viva en Francia o en México. Varían el cuadro, los prejuicios, el conjunto, y en eso consiste la intransferible nota local y nacional; pero el problema humano en sí apenas cambia.

Las Universidades se encuentran en posición diferente a la literatura, porque ellas viven no en el campo estricto, de lo que existe, sino en el esencialista e intransferible de lo que debe ser, de lo que es y de lo que se quiere hacer, razón esta última por la que, en virtud de hechos y razones de diverso orden, si se escoge la senda de la integración como medio de reconquistar la independencia política, económica y cultural, perdida o recortada, y conducir una re-

volución de veras nacional, la Universidad deberá discutir profundamente su actitud y su decisión, pero no sin haber agotado el cotejo de los elementos que intervienen en tales decisiones.

E) *¿Qué espera la sociedad de un universitario formado dentro de un clima y una ideología integracionista?*

Sin ser la pregunta clave, la última de esta serie provisional, alcanza dimensiones de indudable importancia.

De una Universidad constituida con miras parciales hacia la integración, América Latina puede esperar derroteros y programas congruentes con sus aspiraciones y necesidades. Destaco cuidadosamente las palabras por cuanto representan otros tantos conceptos: he dicho "miras parciales", lo que quiere indicar que de ninguna manera una Universidad puede cifrar todas sus expectativas (sus miras totales) en un fin circunscrito, como el de la integración; tampoco las puede poner en el nacionalismo puro, ni tampoco en la técnica escueta, ni en las humanidades, prescindiendo de las ciencias, ni en las ciencias prescindiendo de las humanidades. Sobre el error de todo unilateralismo, máxime en el nivel universitario, poseemos información más que suficiente. Si algún caso fuere preciso resaltar, sería a los de Rusia y los Estados Unidos, en donde se está realizando un viraje cerrado hacia la ecumenicidad y la universalidad científicas.

Pero, también hemos dicho: "una Universidad", y debemos esclarecer este concepto. Lo hemos empleado por referirnos a "una Universidad Nacional" o "Universidad Latinoamericana".

Hace casi veinte años por encargo de la Universidad de San Carlos de Guatemala, preparaba yo un libro comparativo, sobre las Universidades Latinoamericanas. Discutimos mucho el título. Para mi criterio debía titularse simple y llanamente: "Estudio comparativo de las Universidades Latinoamericanas". Los editores presionaron para cambiar el plural en singular. Acaté su criterio. Sin embargo, yo no he creído jamás que un conjunto tan heterogéneo como es el de cada Universidad y el de las Universidades, pueda reducirse a un patrón común por causa de su posición geográfica. No sucedió eso con Bolonia (predominantemente jurídica), ni con París (predominantemente

teológica) ni con Salamanca (predominantemente humanística), ni con Heidelberg (predominantemente filosófica), ni con Londres (predominantemente económica), ni con Berlín (predominantemente científica). Todas ellas fueron y son universidades europeas, pero no existe "una Universidad europea". Mientras que Europa como conjunto de pueblos y realidades sociales y políticas constituye ya un ente común, o está en camino de serlo, las universidades mantienen su heterogeneidad, pese al esfuerzo llevado a cabo en Luxemburgo. Y es que en el nivel de la infraestructura, en el que, empero, los problemas son difíciles por razones materiales, existen muchas semejanzas y paralelos. Igual ocurre en el de la estructura política o institucional; pero llegando al de la superestructura, las discrepancias son más hondas por ser más sutiles, porque se trata de matices, porque cada palabra, cada idea, cada concepto, posee virtualidades propias que no posee cada conjunto de materiales, cada cosecha, cada sistema de transporte, cada organización bancaria, cada sistema caminero o habitacional. Podría afirmarse que la infraestructura, a causa de la división y simplificación del trabajo y de la semejanza entre los hombres (*Caliban*) en ese nivel, se caracteriza por su perentorio *I must eat*; es más asimilable a la unidad; pero que, en cambio, la superestructura, cuyos elementos tienden a la autonomía y a la heterodoxia, y valen más cuanto más individualizados sean (Descartes afirma: *Cogito ergo sum*; pensar o *cogitare* significa ante todo distinguir), no puede con facilidad reducir las diferencias raigales a unidades periféricas, lo que sería la negación misma de su esencia.

En el sistema universitario todavía resulta arduo concentrar en una unidad administrativa los distintos elementos de una sola Universidad. Las Universidades de una región lejos de constituir un ente regional definido por aspiraciones y rasgos comunes, resultan un conjunto de variedades o de universidades autónomas, diferentes la una de la otra. Tratándose ya de una Nación, la variedad se amplía y ahonda. La Universidad latinoamericana es una expresión que conlleva una connotación nominal colectiva (como dice la gente para designar a un número de hombres distintos los unos de los otros), es diferente a un ejército, término éste que implica mancomunidad y uniformidad.

Las Universidades Latinoamericanas ofrecen a la tarea de la integración menos de lo que de ellas se espera, pero de

todos modos, mucho más que los bancos y cámaras de comercio, que los ejércitos y acaso que los sindicatos. La razón de esto reside en el carácter fundamentalmente libre y desinteresado de la Universidad, lo cual la desliga de tentaciones inmediatas, y son esas tentaciones lo que más separa. Otra razón consiste en que, precisamente, una de las formas de contribuir a la integración reside en mantener la variedad, a fin de que, en vez de obtenerse como resultado una monacordia, se obtenga una polifonía. A fin de economizar gastos y esfuerzos, y concentrar capacidades, las Universidades por tanto deberán acentuar sus respectivos campos de especialización, evitando duplicaciones onerosas e inútiles. Si, por ejemplo, en el Perú se estudian de modo exhaustivo la Biología andina y las enfermedades tropicales del hombre y de los animales, tarea que puede compartir con el Brasil, es lógico que Chile, por ejemplo, ponga el acento en la Sociología. México en la Economía, Colombia en la Lingüística, Venezuela en la Ciencias Políticas, Argentina en la Política Agraria o Técnica Ganadera, Bolivia en la Minería, Ecuador en la Agricultura, Centroamérica en el Cooperativismo, etc. Ninguna de tales especialidades significa la anulación de las demás actividades, sino sólo preferencia y por consiguiente, un mayor gasto en un campo determinado. Aun en el ámbito nacional, nosotros tenemos que, en una misma zona, mientras la Universidad de Pasco, naturalmente concede mayor importancia a los asuntos mineros, la de Huánuco debe dársela a los agrícolas, la de Huancayo a los industriales y a la Biología Andina, la de Tingo María a las especialidades tropicales. La integración supone un análisis acucioso y atento de los aportes de cada universidad, de cada región universitaria, de las universidades de cada Nación; se trata de un movimiento que lejos de pretender uniformar las discrepancias regionales, trataría de sintonizarlas, concordándolas sin destruirlas. De ahí, también, que el concepto de Universidad Nacional deba ser revisado a fondo. Para mi criterio él responde a una acepción decimonónica, favorecida en sus comienzos por el Tratado de Viena, y luego por el de Versalles de 1918. Ese nacionalismo tiene dos caras: la una constructiva, en cuanto se esfuerza por definir y reforzar los caracteres propios de un Estado o Nación; y otro negativo u obstruccionista, que oculta el propósito de impedir las integraciones locales, regionales o continentales lo cual fortale-

cería el espíritu solidario con que los países chicos pueden oponerse a ser absorbidos por los grandes Poderes de la Tierra.

La independencia de cada país, en este mundo de interdependencias, esta sujeta al grado en que se defina su personalidad nacional, pero dentro del ámbito de una entidad geográfica, financiera y acaso política que permita mantener la personalidad nacional, y al mismo tiempo resistir a las Grandes Potencias. Estas mismas, al fin y al cabo, no son en último análisis sino entes históricamente integrados. La Unión Soviética está constituida por la integración de eslavos, mongoles, lituanos, letones, ucranianos, caucásianos, polacos, judíos, etc.; la de Estados Unidos, por anglosajones, alemanes, holandeses, italianos, negros africanos, japoneses, españoles, escandinavos. Etnicamente, lejos de ser ejemplos de homogeneidad, lo son de armónica heterogeneidad, de solidaridad de razas y pueblos diferentes. La suma y mezcla de las tradiciones de cada grupo demográfico, da como resultado eso que se llama "alma nacional", eso que los franceses, quizás el pueblo de mente más clara, no ha logrado definir aún para su propio caso.

La Universidad, como semillero de líderes, es el centro del que egresa por fuerza, a causa de las limitaciones de oportunidades que ofrece el subdesarrollo, todo el que quiera educarse para el gobierno. La Universidad como escuela de gobernantes debe cumplir no sólo un papel educativo, ético y cultural, sino que también debe contribuir decisivamente a la formación de un espíritu jurídicopolítico, dentro del cual la población realice sus propósitos y planes de progreso, sin desligarse de la libertad ni de la justicia: deberá ser institución profundamente democrática e irradiadora de Democracia. Es lo que, en última instancia, significa la integración: el afianzamiento de la personalidad nacional en cooperación con otras personalidades nacionales, la cimentación del sentido de independencia al mismo tiempo que el muro de defensa contra los imperialismos en boga. A la sombra de ella crecen, se perfeccionan y progresan el individuo y las naciones.

Lima, 14 de Setiembre de 1967.

LUIS ALBERTO SANCHEZ